

Entre antifascismo y comunismo: Aníbal Ponce como ícono de una generación intelectual

Ricardo Pasolini¹

Resumen

El artículo estudia el problema de la constitución de ciertos elementos identitarios de la cultura comunista argentina del período de entreguerras, a partir del análisis del itinerario intelectual y político del escritor Aníbal Ponce (1898-1938), y de las lecturas que de su figura se hicieron en la sociabilidad cultural comunista argentina y latinoamericana, para postular la hipótesis de que a través de Ponce se vehiculiza una forma de marxismo que tiende más allá de la apelación de la identidad con la clase obrera, a la exaltación de una continuidad entre un mítico pasado liberal argentino y un horizonte histórico que se visualiza en la URSS.

Palabras clave. Antifascismo – comunismo – intelectuales – cultura política – Aníbal Ponce

Abstract

The paper studies the problem of the constitution of identity elements of Communist culture interwar Argentina, from the analysis of the intellectual and political journey of the writer Aníbal Ponce (1898-1938). It also examines the interpretations of his figure became communist cultural sociability in Argentina and Latin America, to postulate the hypothesis that through Ponce conveys a form of Marxism that tends beyond the appeal of identity with the working class, to the exaltation of a continuity between a mythical past and a liberal Argentine historical horizon that is displayed in the USSR.

Keywords: Antifascism – communism – intellectuals – political culture – Aníbal Ponce

¹ CONICET – IGEHCS - Instituto de Estudios Histórico-Sociales “Prof. Juan Carlos Grosso”, Facultad de Ciencias Humanas, UNICEN. Pinto 399, CP B7000GHG. Tandil, Pcia. de Buenos Aires. Email: pasolini@fch.unicen.edu.ar.

Introducción

En un período particularmente breve, entre los años 1935 y 1938, la figura de Aníbal Ponce se convirtió en el referente clave, en el animador más importante de ese conjunto de intelectuales argentinos que activaron la lucha antifascista desde la *Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores* (AIAPE, 1935-1943). Sin embargo, el destino póstumo de Ponce excedió con creces la positividad con que se asociaba su imagen inicial para transformarse en el largo plazo en el ícono de una generación de escritores del Partido Comunista Argentino, que hacia finales de los años '50 se hallaban ocupando lugares importantes en la política cultural partidaria a través de la publicación *Cuadernos de Cultura*. ¿Por qué esta figura inicialmente marginal en las estructuras partidarias se convirtió en el largo plazo en “intelectual de partido”? La pregunta no es ociosa en parte porque Ponce ocupará desde su fallecimiento (1938) un sitio preferencial en el panteón de los intelectuales comunistas argentinos (con alguna presencia aunque menor en la retórica ideológica cubana en los momentos iniciales de la Revolución como una de las personalidades relevantes del marxismo latinoamericano), pero también porque a partir de él se cristalizan unos tópicos y unas sensibilidades ideológicas que darán el tono del componente “liberal” del marxismo comunista argentino.²

Así mismo, la permanencia simbólica de la figura de Ponce ilustra el peso temporal del grupo relacional que se vinculó a mediados de los años '30 en la A.I.A.P.E., tanto como la gravitación del momento “antifascista” en el componente de la identidad de los intelectuales comunistas, de tal suerte que hacia mediados de la década de 1970, se constituyó la *Asociación Amigos de Aníbal Ponce*, una entidad cerrada que presidía Héctor P. Agosti, encargada de otorgar un premio literario homónimo en el marco de las actividades de la Sociedad Argentina de Escritores (S.A.D.E.), rescatando las virtudes de aquel intelectual fallecido trágicamente en 1938 en su autoexilio mexicano, luego de haber sido exonerado de sus cargos docentes por el gobierno del presidente Agustín P. Justo.

Aunque para los años setenta el ideario de Ponce y el de todo ese grupo intelectual se encontraba un tanto *demodée* para interpretar la realidad argentina del momento, lo cierto es que también su figura animaba las exaltaciones, y en un artículo que publicara la doctora en matemática Cora Ratto en *La Opinión* en 1972, se promovía en la referencia a Ponce un modelo de intelectual total, de “*trabajador intelectual*”, caracterizado por su “*honestidad y rechazo visceral de todo dogmatismo*”, en un momento en que por un lado se consideraba la política del gobierno para con el mundo cultural como “*oscurantista*” –

2 El concepto “marxismo-liberal” ha sido acuñado por David Viñas (Viñas 1971: 202). Sobre este componente, véase Ricardo Pasolini (Pasolini 2013).

tópico que remitía al caso Ponce-, y por el otro, se apelaba al desconocimiento de sus obras para demostrar los caminos errados por los cuales transitaban las “*juventudes de América*” (Ratto 1972:13). En una clave interpretativa similar a la de Ratto, el doctor Emilio Troise señalaba en 1969 que el estudio de la obra de Ponce, “*en esta hora de intenso desquicio intelectual y anímico*”, podía “*contribuir a sacar a las mentes jóvenes del caos y de la frustración*” (Troise 1969).

De algún modo, ambas posiciones venían a confirmar la percepción de derrota y fracaso histórico de gran parte de los intelectuales comunistas nacidos en el clima del antifascismo de los años '30, ante la izquierdización de los sectores medios en clave peronista (o bien *revolucionaria*, si se tiene en cuenta el devenir de los sectores juveniles del PCA y el PS) (Tortti 2007), y a la tendencia en el mundo intelectual hacia la experimentación literaria; la percepción de abandono de la noción de arte comprometido en clave comunista por parte de los jóvenes escritores de los últimos años '60 y primeros '70; y la revivificación en los jóvenes escritores de una figura no considerada precisamente en el campo del progresismo: Jorge Luis Borges. De allí que, como una reedición residual de la matriz Boedo-Florida, otro escritor comunista, Luis Gudiño Kramer, sostuviera en 1970 ante su compañero de partido Juan Antonio Salceda, uno de los biógrafos de Ponce: “*Los valores se establecen desde la gran metrópoli, y la trenza gauchi-ganadera de los Ocampo, Borges y Bioy Casares se extiende a otros sectores, y avanza sobre nuestras líneas. Nosotros carecemos de medios de comunicación y nos es difícil comunicarnos... Es difícil superar tal estado de cosas y no vemos la posibilidad de movimientos populares que serían los únicos que podrían poner orden al caos (...) La verdad es que nosotros ahora parecemos viejos y caducos pues hemos perdido el manejo ideológico de la problemática nacional*” (Gudiño Krámer 1970).

Pero aún así, hacia finales de los años '60 y principios de los '70, la figura de Ponce está presente en los debates culturales, y ello se verifica como epítome hacia 1974 con la publicación de sus obras completas, una edición a cargo de Agosti, quien en su estudio preliminar utiliza el sugestivo título de *Aníbal Ponce: Memoria y presencia* (Agosti 1974), aunque para el momento su imagen tuviera más de lo primero que de lo último: claramente un rito autocelebratorio, pero también un síntoma de la vejez de una generación intelectual (Sirinelli 1988). Allí, entre otras operaciones, Agosti rescata a un Ponce “reformista”, defensor de la “*conformidad provisional*” que significa la reforma frente a la revolución, que no la olvida en el largo plazo pero que no por ello advierte que los cambios sociales menores y paulatinos “*recortan los privilegios de los sectores dominantes y se ensanchan los valores de esa segunda cultura que siempre se manifiesta dentro de la sociedad escindida en clases*”. Agosti piensa así en la importancia del libro de Ponce *Educación y lucha de clases* (1937), para indicar a partir de él los complejos movimientos del funcionamiento interno de la vida cultural, pero también para manifestar su oposición no del todo explícita a los tiempos de la radicalización política juvenil de los años '70 (Agosti 1974: 95).

Aníbal Ponce, un itinerario intelectual

Oscar Terán señala que entre el gran peso cultural e institucional de la tradición intelectual argentina de corte liberal y positivista, sumado al europeísmo de esta tradición, y la debilidad de los espacios comunistas oficiales, el marxismo de Ponce se presentaría excesivamente deudor del liberalismo, y no alcanzaría a plantearse el problema de la nación desde una perspectiva marxista más pura, como sí lo había hecho Mariátegui respecto del Perú. Terán reconoce tres períodos en la producción teórica de Ponce. El primero, desde sus escritos juveniles hasta la aparición de *La vejez de Sarmiento* (1927), se caracteriza por la utilización de categorías provenientes del liberalismo positivista de la generación del '80. En la segunda etapa, entre 1928 y 1932, se observa un desplazamiento hacia nociones de corte marxista, y finalmente, un tercer período donde Ponce asume sistemáticamente el marxismo, el cual va desde 1933 con el *Elogio del Manifiesto Comunista* hasta el final de su vida en 1938 (Terán 1986: 131-135).

También Agosti, ve en el tránsito hacia el marxismo de Ponce el peso de la tradición liberal, y el papel de los sucesos políticos de 1930 como el elemento contextual que lo condujo hacia nuevas preguntas y a encontrar definitivamente en el marxismo las claves de una respuesta (Agosti 1974). Sin embargo, otro dato interesante que rescata Agosti es la presencia en Ponce de unas características personales donde al reconocimiento de su capacidad intelectual, se le atribuye una tensión muy fuerte entre militancia literaria y militancia política que se resuelve finalmente en la adhesión comunista. Contrariamente a Mariátegui, Ponce llegó al marxismo más por preocupación científica que política (Agosti 1974: 50-85), y en algún sentido no pudo desprenderse de un estilo refinado en sus maneras, un *bon-ton* civilizado que indicaba no ya sus orígenes sociales -por cierto modestos-, sino la ocupación de un lugar de enunciación cultural donde su campo de referencia se encontraba entre la cultura del Ochenta porteño y París, al menos hasta que en 1935 descubre el mundo soviético (Reissig 1938: 1149-1150). En todo caso, Ponce a la vez de articular liberalismo con marxismo desde una dimensión específicamente intelectual, fue en su práctica un continuador del modelo civilizatorio de la generación del '80. Las fuentes concuerdan en rescatar una imagen de pulcritud en Ponce, donde se destaca el cuidado en su vestimenta, el aseo personal y el tono pausado, suave y a la vez firme de su voz, y una actitud irreconciliable tanto con la injusticia social como con la grosería (Yunque 1958; Roca 1956; Salceda 1957).

Además de la erudición exhibida por Ponce en sus textos, es fácil advertir en su estilo un tono irónico y un tipo de relato de corte finisecular que lo acerca -sólo en este punto- a la prosa de Juan Agustín García. Incluso su mundo de referencia intelectual, si bien no desconoce el impacto de las vanguardias literarias de la Europa de entreguerras, se apoya en una selección donde Taine y Renán ocupaban un lugar privilegiado.

En algún sentido, lo que se observa en el itinerario de Aníbal Ponce es la documentación del tránsito en las conciencias intelectuales de unas posiciones en el mejor de los casos humanistas a otras contestatarias o revolucionarias. Es que si bien Ponce acreditaba un origen social más bien modesto, para mediados de los años '30 se había convertido en una figura de renombre en el mundo cultural porteño y de proyección continental. Antiguo alumno del Colegio Nacional Central (luego Nacional de Buenos Aires), sus lecturas de infancia incluían a los escritores de la generación del '80 y la cultura francesa. Así todo, su bagaje cultural excedía estas referencias que nunca lo abandonaron, pues desde 1917 ocupó el cargo de crítico literario de la revista *Nosotros*, la importante publicación que dirigían Roberto F. Giusti y Alfredo A. Bianchi. Un año atrás había ingresado a la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, y había obtenido la medalla de oro de la Universidad de Tucumán por su primer folleto, un breve estudio sobre Eduardo Wilde. Ponce cursó hasta el tercer año de la carrera de medicina, la que abandonó a raíz de un aplazo obtenido en un examen final. Defensor de la reforma universitaria, en 1918 asistió a la conferencia que dictara José Ingenieros en el Teatro Nuevo de Buenos Aires, y en la que saludara con optimismo el proceso revolucionario en Rusia. Ponce recuerda en sus escritos haberse conmovido por aquella disertación pues la misma había significado para él y su generación una lectura novedosa de las causas de la Gran Guerra y del sentido de la revolución de octubre. Como en tantos intelectuales del momento, el vínculo de Ponce con la U.R.S.S. asume más un carácter emotivo asociado a la percepción de la emergencia de un mundo nuevo como respuesta a la crisis del Occidente.

En 1920 conoce personalmente a Ingenieros, y desde 1923 es invitado por éste para codirigir la *Revista de Filosofía*. Además de estas temáticas, su experiencia universitaria y el vínculo con Ingenieros promueven en él un interés por la psicología todavía deudor de la influencia del positivismo. Al mismo tiempo, dictaba la cátedra de Psicología en el Instituto Nacional del Profesorado. En 1925 asume la dirección de la *Revista de Filosofía* tras el fallecimiento de su director. Al igual que muchos argentinos de la época, el viaje a Europa significaba un ritual de iniciación en un mundo cultural porteño muy atento a las experiencias estéticas e ideológicas que se desarrollaban en el Viejo Continente, y Ponce pudo alcanzar esta experiencia en 1926, visitando sobre todo París. De esa época datan sus primeros contactos con el escritor Henri Barbusse y el psiquiatra marxista Henri Wallon. Al año siguiente obtiene el Primer Premio Municipal de Literatura por su libro *La vejez de Sarmiento*.

Viaja a Europa por segunda vez en 1929, y concreta su tercer viaje hacia finales de 1934. En febrero del año siguiente llega a conocer la Rusia soviética, invitado a instancias del escritor Henri Barbusse por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú.

En general, en la obra de Ponce primó la articulación entre las temáticas de la nación, en tanto rescate ideológico de las figuras del panteón liberal argentino -de Wilde a Amadeo Jacques, de Avellaneda a Sarmiento-, y comunismo, claramente visible a partir

de 1936 con el intento de divulgación marxista que significó su revista *Dialéctica*, pero ya presente hacia 1928, con su conferencia *Examen de conciencia*, en la que hizo explícita su filiación al marxismo.

El marxismo de Ponce entonces es el resultado, por un lado, del gran peso cultural e institucional de la tradición intelectual argentina de corte liberal y positivista, sumado al europeísmo de esta tradición, y por el otro, de la debilidad de los espacios comunistas oficiales para elaborar una reflexión sobre la especificidad nacional. Sin embargo, a diferencia de algunos de sus compañeros intelectuales de militancia antifascista, Ponce no sólo ocupó un lugar periférico en el universo institucional comunista, sino que tampoco optó por la afiliación partidaria.

Su modo civilizado en las maneras y la mesura en su papel de organizador cultural de la A.I.A.P.E. le generaron ciertas críticas negativas, aunque luego fueran reconocidas póstumamente como atributos positivos:

“Con una serenidad imperturbable de maestro que contrastaba con nuestra turbulencia, Aníbal Ponce presidía las primeras reuniones de la Comisión Directiva de la A.I.A.P.E. en su vieja secretaría de la calle Belgrano. Su edad no era mucho mayor que la nuestra. Pero lo era, en cambio, su ponderación. Con el extremismo propio de los recién llegados a un campo en el que dábamos los primeros pasos, queríamos quemar etapas y aventurar incursiones hacia sectores peligrosos. Prudente, con la prudencia de los capitanes que saben que la audacia y el riesgo son piezas que sólo deben jugarse en su oportunidad, Aníbal Ponce debía frenar, cada día, nuestros impulsos impremeditados. Su ponderación se nos antojaba, entonces, excesiva. Y, preciso es confesarlo, nos descontentaba. Ponce-solíamos murmurar con desconsuelo- es, en definitiva, un hombre de gabinete. Le tiene miedo a las masas. Le tiene miedo a la calle. ¿Qué había de exacto en esta apreciación? Nada más que ligereza. Ligereza nuestra. Y si había algo más, ese algo era una noción demasiado difusa de las posibilidades, el rumbo y el carácter de nuestro movimiento. Nosotros hubiéramos querido echarnos de inmediato en medio del tumulto de las luchas políticas y sindicales, y participar en ellas enarbolando banderas categóricas, con olvido evidente de nuestra función específica de aglutinante de un vasto movimiento posible de intelectuales antifascistas. Más de un traspie de la A.I.A.P.E. se consumió en razón de estos impulsos, que contrariaban a Ponce durante su presidencia o que olvidaban su criterio, después de su presidencia” (Córdova Iturburu 1941: 53-54).

Es posible que en la evaluación de esta característica personal de Ponce, se explique el escaso apoyo exhibido en el seno de la A.I.A.P.E. ante la exoneración hacia fines de 1936 de los cargos docentes que desempeñaba en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario. De allí su autoexilio en México. En 1938, con motivo del homenaje en memoria de Aníbal Ponce, Deodoro Roca sostuvo que no había sido la *Sección Especial* la

que lo había expulsado del país, sino la cobardía de unos aliados que no habían advertido la naturaleza moral de la figura de Ponce y el lugar que ocupaba en las letras argentinas:

“Ponce era el mejor dotado y el mejor realizado de las últimas generaciones actuantes de la Argentina. No rebajo a nadie. Alerta está la ejemplaridad. Inútil, con todo, lo que versiones angostas y traducciones falsas y resonantes hicieron para desnaturalizar o matar lo que en él vivía y sigue viviendo, reapareciendo [...] Sobrio en la dura, atormentada, y en la misma graciosa figuración de sus pensamientos, pero lleno de fuego que flamea, de ansia que no se sacia, dueño de una riqueza inmensa -quizá la mayor riqueza mental de nuestra reciente literatura- aprovechada como ninguna con rigor sistemático. Piensa en todo. Y en todo piensa con ese frenético rigor, desde su adolescencia inverosímil... Porque Ponce es de los que siente su obra como parte de su vida, y su vida ligada a la conciencia del deber hacia la libre comunidad de los hombres” (Roca 1956: 37-40).

También Saúl Bagú en una nota de homenaje a Lisandro de la Torre publicada en *Cursos y Conferencias* en 1939, señaló la debilidad del campo antifascista en la defensa de Ponce (Bagú 1939:899 y ss.). Dato que indica, por un lado, que es evidente para el gobierno de Justo que Ponce en tanto intelectual ya reconocido se convertía en una figura ejemplificadora de la actividad comunista que era necesario reprimir, en el ámbito educativo primero, y en el campo intelectual después, mientras, por otra parte, para el sector *izquierdista* de A.I.A.P.E., tal condición no resultaba suficientemente revolucionaria (Ponce 1936). Sólo a partir de la muerte de Ponce en México a raíz de un accidente automovilístico, se recolocará su figura en un lugar simbólico significativo no sólo porque su caso personal resultaba altamente trágico en tanto metáfora del destino de lo más encumbrado de una generación intelectual, sino porque hacia 1938 y luego del fracaso de la constitución de un frente popular local, su pretendida unidad de los intelectuales cobraba una actualización más que evidente de acuerdo al paradigma del compromiso, pero señalaba también los límites del acceso a lo político a través de la cultura. Así, hacia 1941, cuando la A.I.A.P.E. muestre la total hegemonía del sector comunista, la revista *Nueva Gaceta* exaltará en Ponce su papel de sistematizador de una idea del mundo soviético que servía como matriz intelectual para la formación de las nuevas generaciones intelectuales argentinas. Por otra parte, Ponce también había establecido desde 1928 la noción de que en un modo integral los ideales de la Revolución de Mayo no diferían en esencia de los de la Revolución Rusa, y que sólo se podrían concretar los primeros si se llegara a una instancia revolucionaria de carácter comunista. De allí en más, no sólo se convertirá en el presidente mítico de la A.I.A.P.E., sino en la figura aglutinante de la identidad de los intelectuales del P.C.A., nacidos a la vida cultural en el clima cultural de la entreguerra.

En rigor, en su etapa “antifascista”, Ponce articula una serie de operaciones intelectuales en donde prima bajo el tópico de la lucha antifascista y la exaltación de la U.R.S.S. como un modelo de organización social, en el cual el desarrollo tecnológico se vuelve el indicador más claro del dominio de la naturaleza por parte del hombre en la clave de un humanismo “proletario”, a través del cual la naturaleza puede ser dominada tecnológicamente merced a una organización social no clasista.

Al regresar de la U.R.S.S. en 1935, Ponce desarrolló esta interpretación en una serie de conferencias dictadas ese año en el *Colegio Libre de Estudios Superiores*, que luego se convertirán en el libro *De Erasmo a Romain Rolland. Humanismo burgués, humanismo proletario*.

Pero cuando en ese libro, Ponce reflexiona sobre la toma de conciencia política del intelectual, en algún sentido está describiendo su propio itinerario pues se trata del abandono de la conciencia burguesa en favor de un nuevo ideario social. Para Ponce, dos intelectuales franceses resumen el paradigma de este tránsito: Henri Barbusse y Romain Rolland.

Uno de los primeros actos realizados por la A.I.A.P.E. fue el funeral cívico de Barbusse, que se realizara durante los primeros días del mes de septiembre de 1935 en el Teatro Nuevo de Buenos Aires. En su discurso en tanto presidente de la entidad, Ponce rescató el papel de organizador cultural que había cumplido Barbusse. Desde el grupo *Clarté*, desde la revista *Monde* luego, desde *el Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo*, Barbusse había salvado la dignidad de la inteligencia europea, orgulloso de ayudar con su talento al proletariado revolucionario. Pero si el fin último se reconocía en la toma de conciencia, lo que interesaba a Ponce no era sólo el resultado sino el proceso que llevaba a ella:

“Digámoslo nosotros con orgullo, nosotros escritores que desconfiamos a veces de nuestras propias fuerzas: hay una grandeza rara vez igualada en el espectáculo del sabio o del artista que después de sentir en carne propia la tragedia de las grandes masas, la carga en su conciencia angustiada, la convierte en el núcleo inflamado de su pensamiento y de sus sueños, y una vez que ha logrado herirla en la raíz, entrega a las masas con un libro o con un verso el remedio de una angustia que empezó siendo la de todos antes que él la sintiera como suya”. (Ponce 1936: 549).

También el escritor Alberto Gerchunoff en las páginas de la revista antifascista *Unidad* reflexionó sobre este pasaje de Barbusse como el del tránsito hacia una santidad de nuevo tipo: la del escritor como profeta laico (Gerchunoff 1936).

Por otra parte, Rolland representaba los límites del elitismo idealista, lo que Ponce llama “la agonía de una obstinada ilusión”. Escribe: “El espíritu en Rolland no desdeña la acción, ni aplaude ese derecho a la ironía cauta que el astuto Próspero se había reservado

en el ‘Calibán’ de Renan frente a la victoria momentánea de su antiguo esclavo. [...] Rolland anhela un espíritu heroico que no se atemorice como Polichinela con el bastón, pero que aún en el tormento no sepa pronunciar un solo grito de guerra. Más cerca de Erasmo de lo que él mismo creía, Rolland aspiraba a reunir una élite a un puñado de espíritus intrépidos que sepan luchar si es necesario, pero con las armas del espíritu: las únicas armas que no las mueve la violencia. Era, en el fondo, la defensa del hombre abstracto que el humanismo había creado, la defensa de un hombre liberado de las contingencias de la vida práctica y social: un hombre, en el mejor de los casos, que si descendía a veces a la lucha y devolvía golpe por golpe -como Juan Cristóbal y Olivier- no por eso suspiraba menos por desprenderse cuanto antes de la ‘feria de la plaza’ ” (Ponce 1936a).

En tanto tema muy caro a las vanguardias de entreguerras, también para Ponce no existe una supremacía entre el hombre que piensa sobre el hombre que “vive” inscripto en la materialidad del mundo, y no solamente porque el arte o el pensamiento deban acercar las dimensiones de la acción y la contemplación, sino porque la defensa de la libertad del espíritu en abstracto se le antoja absurda en un contexto donde la pretendida independencia del intelectual se ve condicionada por “ocultas potencias que la dirigen”: en primer lugar los intereses de las clases gobernantes, pero también la vanidad y el absoluto desconocimiento de los problemas sociales por parte de los intelectuales.

Como en Barbusse, también en Rolland la Gran Guerra primero y la Revolución Rusa después, se convertirán en una escuela primaria de educación política. Para Ponce, la toma de conciencia social del intelectual deviene entonces un drama de descubrimiento y voluntad, que implicaba muchas veces el abandono de comodidades y prestigios adquiridos en la “Ciudad del Espíritu”, pero que otorgaba también la recompensa de una autenticidad intelectual que aún en las entrañas de la sociedad burguesa, le permitía vislumbrar las premisas objetivas del humanismo proletario que se realizaba en la U.R.S.S.

Exoneración, autoexilio y muerte

Se ha señalado ya que fue escaso el apoyo público recibido por Ponce al momento de la exoneración de sus cargos docentes, en octubre de 1936, aunque el senador Lisandro de la Torre llevó la defensa del caso Ponce al Congreso, y se procuró un álgido debate en la Cámara Alta, que contó también con el aporte de alumnos y ex alumnos del Profesorado que salieron en defensa de la figura docente de Ponce, y también con informes ministeriales que impugnaban su labor profesional. Dos fueron los argumentos en los que se basó la exoneración: en principio se impugnó en Ponce el carácter de intelectual comunista que poseedor de una carrera profesional reconocida, ocupaba sus cátedras para promover sus ideas revolucionarias, en un momento en que se plantea desde el gobierno

del presidente Justo, la intensificación de la acción “*para preservar a la instrucción pública de la propaganda comunista o contraria al orden social y régimen institucional de la República*” (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación 1936: 915). Ya antes habían sido exonerados de sus cargos en la Universidad de Córdoba los doctores Gregorio Bermann y Jorge Orgaz, reconocidos por su militancia antifascista.

El segundo argumento se apoya en la descalificación moral de Ponce, porque éste había firmado formularios de internación en el Hospicio de Las Mercedes, que debían ser firmados por un médico diplomado. Ponce había aprobado el tercer año de la carrera de Medicina, y luego abandonó sus estudios sobre todo porque sus intereses viraron en otro sentido, pero siguió realizando prácticas en el Hospicio de Las Mercedes en función de sus estudios de psicología que dieron como aportes al conocimiento libros importantes en la materia (*Problemas de psicología infantil, Ambición y angustia de los adolescentes*, etc.) El resultado fue la exoneración de sus cargos docentes en el Instituto del Profesorado Secundario donde dictaba la cátedra de Psicología.

En este momento, está claro en el mundo cultural que se trata de una persecución política, donde lo que se castiga en Ponce no es la falta a la que se refiere el informe ministerial, sino sus ideas. Pero aún en su grupo de relación algunas voces aunque tenues se alzan para lamentar este *desliz* burocrático, la incursión en esa falta, pues como señala Gregorio Bermann, a “*un hombre de la calidad intelectual de Ponce le hubiera sido fácil terminar sus estudios*”. Así todo, no se deja de señalar que su obra ha sido de una calidad rara y envidiable, reconociéndosele que sus estudios de psicología se encuentran entre los más relevantes de América Latina (Bermann 1971: 49-56) También se rescata la motorización del proyecto de la revista del Colegio Libre de Estudios Superiores, *Cursos y Conferencias*, y su papel como animador de entidades culturales de perfil social y político como la A.I.A.P.E. Pero se advierte también que la única militancia de Ponce se circunscribía a la de la pluma. Bermann señala que en la A.I.A.P.E. “*demonstró que no era tanta su habilidad para la vida pública*” (Bermann 1971: 53). Una imagen que de algún modo concuerda –aunque por otras razones– con la del sector juvenil de la entidad, que veía en Ponce un hombre más ligado a la república de las letras que a las luchas sociales que se requerían y pretendían.

El momento de la exoneración entonces muestra una representación de Ponce como intelectual encumbrado, pero también como víctima de una política de restricción en el campo de la cultura evaluada como fascistización, que finalmente condujo a su autoexilio en México. La muerte de Ponce en mayo de 1938 motivará una serie de importantes ejercicios recordatorios de su persona y analíticos de su obra, homenajes visibles en los números especiales de la revista *Claridad* (mayo) y de la revista *Cursos y Conferencias* (octubre).

No resulta inoportuno señalar que más allá de la decisión editorial de activar estos homenajes, las revistas no necesariamente muestran una identidad semiológica a la hora de la interpretación de la vida y la labor de Ponce. En este sentido, las revistas no son

actores uniformes que representan un único universo de representaciones. Así y todo, es posible identificar una serie de líneas interpretativas que dan un tono dominante a las representaciones de Aníbal Ponce. La primera de ellas es la fuerte vinculación entre Ponce y José Ingenieros. No sólo porque ambos tuvieron una cercanía relacional, puesto que desde 1920 hasta la muerte de Ingenieros en 1925, Ponce estuvo vinculado a él y fue el continuador y director factual de la *Revista de Filosofía*, sino también porque la voz intelectual de quien en el mundo universitario era considerado el “*maestro de la juventud*”, parecía prolongarse en Ponce, más allá de sus estilos de personalidad bien diferentes (Pasolini 2007). Ponce gozaba entonces de ese capital simbólico que lo ligaba a Ingenieros como su discípulo privilegiado, y como su mejor lector, a quien incluso se le había solicitado un estudio de la obra de Ingenieros, el cual se publicará luego de su muerte (Bianchi 1938:1156). Pero más allá de esta filiación, se advertía también que Ponce se encontraba desde siete años antes de su muerte, en la búsqueda de una voz intelectual personal: “*sus últimos años fueron de inquieto bucear en las fuentes madres del materialismo histórico [...] En una mentalidad universal como la suya, el marxismo abre perspectivas tan vastas que hunde, de primer intento, en el asombro. Pero levanta, luego, para proporcionar un método y una razón de ser del mundo todo*” (Bagú 1938). La segunda representación entonces se funda en el reconocimiento de este tránsito intelectual hacia el marxismo, lo que suponía al nivel de la moral intelectual, el abandono de ciertas comodidades propias de la república del espíritu a favor de una noción del compromiso del escritor que identificaba su labor con el ideal emancipatorio de las masas proletarias. Saúl Bagú señala que Ponce “*había dejado de ser el intelectual que labora distante del rumor de la calle, gastando sus horas provechosas sin que hasta él llegue la sensibilidad de los dolores y las alegrías colectivas. Hizo el tránsito del intelectual individualista hacia el intelectual en función de su tiempo. El intelectual que toma naturaleza de combatiente*” (Bagú 1938). No es extraño que Ponce reconociera en Barbusse y Rolland (David-Fox 2005) este tránsito de las conciencias burguesas hacia la adhesión al proletariado, pues en parte, era su propio itinerario. En su homenaje de 1938, Álvaro Yunque eleva este itinerario moral como un momento de iluminación, descubrimiento y revolucionarismo (Yunque 1958), imagen que contrasta con la que dos años antes se sostenía en el seno de la A.I.A.P.E.

El tercer elemento identitario es el carácter de un perfil intelectual en Ponce que articula vasta cultura con pensamiento científico y estilo artístico, pero sobre todo se reconoce en él el peso de una inflexible línea de conducta, de coherencia moral entre su práctica y el ideario que la sostiene. Para Gervasio Guillot Muñoz, uno de los integrantes de A.I.A.P.E., Ponce “*fue un hombre que vivió sus ideas, y las vivió intensamente en el retiro filosófico de su estudio y su biblioteca, en sus libros, en sus escritos polémicos, en la cátedra del Colegio Libre, donde por intermedio del numeroso público estremecido que lo escuchaba con devoción, tomaba contacto con toda la opinión democrática del país. Como profesor, como publicista, como presidente de AIAPE, como director de la revista*

Dialéctica, Aníbal Ponce dio pruebas irrecusables de principismo ciudadano y de coraje para sostener su ideología” (Guillot Muñoz 1938).

A su vínculo con Ingenieros, se le suman otras genealogías y continuidades que vinculan a Ponce, por ejemplo, con el estilo moral de Sarmiento y su fuerza progresista, una operación de identificación que el propio Ponce realizó a partir de sus libros *La vejez de Sarmiento* y *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina* (Papier 1938).

Estas imágenes que dominan sobre todo en la revista *Claridad* se inscriben de algún modo en una perspectiva que podríamos denominar militante, que remiten también al ámbito de sociabilidad cultural y política del último Ponce, ligado al espacio de la lucha antifascista construido desde A.I.A.P.E.

En cambio, en el homenaje que realiza la revista *Cursos y Conferencias*, están presentes sus amigos de antaño, y sobre todo sus antiguos vínculos intelectuales, las redes residuales de la revista *Nosotros*, que lo colocaron inicialmente en el mundo cultural en 1917, y más tarde lo condujeron a la creación en 1930 del *Colegio Libre de Estudios Superiores*. Participan en ese homenaje Alberto Gerchunoff; Roberto Giusti; Jorge Thénon; Luis Reissig; Alfredo Bianchi; Julio Noé, y Lisandro de la Torre, quien como se ha visto ya había promovido la defensa de Ponce en el Congreso de la Nación, en un momento en que la lucha antifascista incorporaba nuevos aliados. En todos los casos, el homenaje asume un carácter intimista pero que reproduce *in toto* las imágenes sobre Ponce ya presentes en otros registros, aunque con alguna variedad de tono, en la medida en que el revolucionarismo atribuido en *Claridad* se esfuma para dar lugar al ya mencionado tránsito en su conciencia intelectual, y al descubrimiento del mundo soviético (Reissig 1938). Para Gerchunoff, Ponce era el “*más completo de los ensayistas argentinos [...] escritor sin teatralidad, sin escamoteos sonoros, tenía la consistencia moral e intelectual de un maestro*” (Gerchunoff 1938:1119 y ss). Pero le tocó vivir en una época donde son escasos los lugares en el globo donde al pensador se le permite “*pensar con libertad y al ciudadano acordar su conducta a las reglas que le dicta su convicción*”. Según Gerchunoff, sólo Francia y Gran Bretaña aseguraban esta posibilidad de convivencia entre católicos y comunistas, anarquistas y fabianos (se refiere a Maritain y Malraux, a Wells, Shaw y Russell). Pero las sociedades americanas distaban mucho “*de lo que es una verdadera civilización*”, y promovían, por el contrario, el sostenimiento de los que actúan “*bajo la divisa del señor Hitler o del señor Mussolini*”.

También De la Torre avanza una crítica a lo que se considera el fascismo criollo, “*el nuevo Santo Oficio*”, en el proceso de exoneración de Ponce, articulando el rescate de la manifestación de un “*espíritu superior*” en él, tanto intelectual como de conducta, y el reconocimiento de su victimización (De la Torre 1938:1112 y ss.) Por su parte, Roberto Giusti a través de una matriz interpretativa de tipo arielista, ve en Ponce ante todo al continuador de Ingenieros, en particular en la concepción de las minorías ilustradas como los agentes privilegiados del cambio social: “*maestro en la cátedra, animador en la tribuna, su público predilecto eran los estudiantes y los estudiosos, de cuyas filas él sabía*

que en nuestra sociedad salen los hombres de vanguardia para las batallas de liberación” (Giusti 1938:1129-1130). Es evidente que a partir de esta selección, Giusti intenta polemizar con los sectores izquierdistas que promovían la subordinación de los intelectuales a la clase obrera, y que de este modo, construye un Ponce a su medida.

Otras imágenes están presentes en *Cursos y Conferencias*: el Ponce liberal admirador de la generación del '80, el Ponce cultor de la ironía sin estridencias, el Ponce de la exhibición del buen gusto y las buenas maneras, aún en momentos de disidencias leves o fundamentales (Noé 1938:1159 y ss.).

De ícono de una generación a hombre de partido

El período que va de la exoneración de Ponce en 1936 a su muerte en mayo de 1938 presenta ciertas modificaciones en las representaciones de su figura, en tanto animador cultural. Al reconocimiento inicial de su trayectoria y cualidades intelectuales, se le contraponen el señalamiento de los límites de su acción pública en la dirección de la A.I.A.P.E., y quizás en el deseo de un perfil más beligerante para la entidad, se funde el escaso apoyo recibido por sus aliados cercanos en el momento de la exoneración.

Pero a partir de la muerte de Ponce en México a raíz de un accidente automovilístico, se reubicará su figura en un lugar simbólico significativo no sólo porque su caso personal resultaba altamente trágico en tanto metáfora del destino de lo más encumbrado de una generación intelectual, sino porque hacia 1938 y luego del fracaso del intento de construir un frente popular local, su pretendida unidad de los intelectuales –motor de la lucha antifascista ponceana– cobraba una actualización más que evidente de acuerdo al paradigma del compromiso, pero señalaba también los límites del acceso a lo político a través de la cultura.

De este modo, los homenajes a Ponce rescataron un conjunto de representaciones que articularon varios tópicos: su filiación personal e intelectual con Ingenieros; la combinación de científicismo y esteticismo en su prosa, el recurso a la ironía; la matriz liberal de su pensamiento. Pero sobre todo se vio en Ponce un ejemplo de reconversión intelectual, que si bien no representaba una ruptura con el pasado liberal que él defendía, suponía una superación de él pues su itinerario mostraba el descubrimiento de una teoría social considerada liberadora: el materialismo histórico. En un extremo, esta imagen llega a postularse como revolucionarismo.

Como he demostrado en otros trabajos, la A.I.A.P.E. estaba recorrida por varias tensiones desde el momento de su fundación en 1935, y ellas se expresaban no sólo en diferentes concepciones ideológicas que iban desde el liberalismo hasta el comunismo, sino también en estilos personales de dirección institucional, y por la misma composición de su cuerpo societario, en el cual se podía distinguir fácilmente entre instalados y “recién llegados” al mundo de la cultura (Pasolini 2008).

En 1944, Héctor P. Agosti, quien hasta el año anterior había sido el secretario de redacción de *Nueva Gaceta*, pronuncia una conferencia en la A.I.A.P.E. de Montevideo – donde se encontraba exiliado–, titulada “Aníbal Ponce o el destino de la inteligencia”. El trabajo que sin duda es la primera sistematización del pensamiento y el itinerario intelectual de Ponce concluye con una invitación al compromiso intelectual, que no es otra cosa que la exaltación del descubrimiento del marxismo (Agosti 1963: 141-160). Son los tiempos posteriores al golpe militar de 1943, donde todavía el clima antifascista moviliza las afectividades ideológicas, de manera que varias publicaciones que se encuentran en la órbita de la política cultural del P.C.A., como el semanario *El Patriota* y el mensuario *Latitud*, se encargan en 1945 de exaltar la figura de Aníbal Ponce. De un Ponce que como Ingenieros, señalaba que el proceso que comenzó a andar en Mayo de 1810 todavía reclamaba que se lo completase (Thénon 1945:2-4).

A partir de entonces, la imagen de Ponce sufre una apropiación que no descarta las representaciones anteriores: se vuelve ahora hombre de partido y la figura aglutinante de la identidad de los intelectuales del P.C.A. En 1946, la revista *Expresión*, dirigida por Agosti, desarrolla una operación de exaltación de Ponce en tanto padre del marxismo argentino pero también como ícono de una generación intelectual que se identificaba con él no sólo desde posiciones ideológicas sino desde su altura intelectual y moral (*Expresión* 1946).

En 1948, al cumplirse el décimo año de su muerte, el periódico *Orientación* (órgano del Partido Comunista) le dedica toda una sección en honor a su memoria. Escriben Álvaro Yunque, Juan Antonio Salceda, Córdova Iturburu y Yuquerí Rojas (*Orientación* 1948). También ese año, una nota del escritor Raúl Larra -antiguo miembro de A.I.A.P.E.- publicada en el diario comunista *La Hora* hace explícita esa apropiación simbólica: “Nosotros hemos visto a amigos de su primera mocedad, a sus viejos acompañantes de París y de las primeras armas en la vocación literaria, dar vueltas en torno del local donde la A.I.A.P.E. expuso la congoja de su tremenda e inesperada desaparición. Daban vueltas esos viejos amigos, sin animarse a entrar, temiendo comprometerse, en tanto en la sala un innumerable auditorio emocionado recogía los gestos más destacados de Ponce que recordaban los oradores. A los diez años de su muerte, esos amigos han rodeado la tribuna de Groussac, sin que se vean señales visibles de que organicen un homenaje parecido a Ponce, ni aún que escriban dos carillas para recordarlo” (Yunque 1958: 77).

Se concreta así una apropiación que alcanzará nuevas manifestaciones: en 1957, el escritor comunista Juan Antonio Salceda publica *Aníbal Ponce y el pensamiento de Mayo* (Salceda 1957), y al año siguiente Yunque le dedica su *Aníbal Ponce o los deberes de la inteligencia*. En mayo de 1958, al cumplirse el 20º aniversario de la muerte de Ponce, *Cuadernos de Cultura* edita un número homenaje. En el prólogo que abre el número, Agosti señala que no se trata de convertir a Ponce en hombre de partido, pero advierte así todo que “nadie honradamente podría dejar de percibir que su evolución sigue una curva determinada por la presencia de una filosofía de partido” (Agosti 1958: 1-4). También

Cuadernos publica el folleto *Ocho notas sobre Aníbal Ponce*, del intelectual cubano Juan Marinello, antiguo militante del antifascismo y el comunismo internacional desde fines de los años '20, que compartió con Ponce su exilio mexicano. También allí se celebra en Ponce la apropiación cabal en un tiempo brevísimo de la ciencia marxista, pero el “*milagro ponciano*” no reside sólo en esa brevedad sino también en la amplitud de miras que para Ponce significó la incorporación de la nueva perspectiva (Marinello 1958: 15).

Sin embargo, ésta es una operación que se ensaya en un momento en el que desde otras esferas del mundo cultural y político se cuestiona no sólo el convencimiento que Ponce tenía sobre las bondades de la U.R.S.S. a su regreso de su viaje iniciático (1935), sino también el potencial mantenimiento de sus posiciones marxistas si hubiera vivido lo suficiente como para evaluar la experiencia comunista en la Unión Soviética y los países satélite. El primer cuestionamiento lo desarrolla en 1956 la revista socialista *Sagitario*, cuyo director Carlos Sánchez Viamonte se encontraba disputando en el partido un lugar político que por un lado limitara el peso de los sectores más fuertemente antiperonistas, y por el otro, se convirtiera en el espacio de referencia de los jóvenes que luego de 1955 habían ingresado al partido en un número importante (Sagitario 1956).

El segundo cuestionamiento es en septiembre de 1958 en la revista *Cursos y Conferencias*, y aquí, el polemista es el antiguo militante del antifascismo y del socialismo Roberto F. Giusti. “No parece que las aberraciones del stalinismo hayan sacudido los cimientos de su fe comunista”, —escribe sobre el viaje de Ponce a la U.R.S.S.—, pero no deja de enunciar a modo pregunta qué mudanzas en el espíritu ponceano se habrían producido de haber vivido como para evaluar las realizaciones y frustraciones en el “planeta Rusia”. “No tengo derecho de atribuirle a Ponce conjeturalmente mi propio desengaño”, escribe Giusti, pero al tiempo no duda en atribuirle un potencial sentir ideológico similar al suyo, en tanto miembros de una generación que habían vivido iguales acontecimientos claves: el armisticio del 11 de noviembre de 1918, la “desastrosa” Paz de Versalles; el sueño de emancipación encarnado en la Revolución Rusa; el vínculo con José Ingenieros (Giusti 1958: 149).

Para Agosti, Ponce se convierte en hombre de partido porque en un sentido amplio, su elaboración teórica militante articuló lo más progresista de la tradición argentina con el horizonte futuro de la sociedad socialista. En este sentido, esa operación no era para Agosti sólo el resultado de un itinerario personal, sino también una consecuencia de la existencia de un partido que promovió tempranamente la difusión del marxismo, y advirtió sobre la penetración imperialista en el país.

Así todo, más allá de que se cumplieran veinte años de su muerte, es difícil establecer las razones últimas de por qué *Cuadernos de Cultura* dedicó su número de mayo de 1958 a homenajear a la figura de Aníbal Ponce. Pero parece claro que en la conversión de Ponce como hombre de partido se encuentra un intento de apropiación simbólica de una figura en la que se reconocían no sólo los comunistas, sino también los intelectuales que habían participado en el asociacionismo antifascista de los '30 ahora en veredas opuestas.

Pero si en 1958, Ponce era visto como el ejemplo más cabal del tránsito del liberalismo al marxismo, en 1974, cuando Agosti publique sus *Obras completas*, se verá en el autor de *Educación y lucha de clases* más a un reformista que un revolucionario, un moderado que podía servir de modelo para la juventud descarriada.

Síntoma de la vejez intelectual y política de una generación que convirtió a Ponce en el líder mítico de una izquierda sin proletariado.

Fuentes y Bibliografía

Agosti, H. P. (1974): “Aníbal Ponce. Memoria y presencia” (Introducción). En: Ponce, Aníbal: *Obras Completas*. Buenos Aires: Editorial Cartago.

— (1944): “Aníbal Ponce o los deberes de la inteligencia”. En: Agosti, Héctor P. (1963): *Defensa del realismo*. Buenos Aires: Editorial Lautaro, pp. 141-160.

Córdova Iturburu, Cayetano (1941): *Cuatro perfiles*. Buenos Aires: Ed. Problemas.

Bagú, Saúl N. (1939): “Lisandro de la Torre y Aníbal Ponce”. En: *Cursos y Conferencias*, 9, pp. 899-900.

Bagú, Saúl (1938): “El espíritu revolucionario de Aníbal Ponce”. En: *Claridad*, XVII, 325, 05.1938.

Bagú, Sergio (1938): “Aníbal Ponce”. En: *Claridad*, XVII, 325, p. 5

Bianchi, Alfredo (1938): “Como conoció Ponce a Ingenieros”. En: *Cursos y Conferencias*, VI, 11-12, p. 1156.

Ponce, Aníbal (1946): “Carta a Clara Ponce”. En: *Expresión*, 1, p. 115.

Carta de Luis Gudiño Krámer a Juan Antonio Salceda, Córdoba, 6-4-1970 (Archivo Familia Salceda).

De la Torre, Lisandro (1938): “Aníbal Ponce”. En: *Cursos y Conferencias*, 11-12, pp. 1112 - 1117.

Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, Tomo IV, 1936, p. 915. *Expresión*, 1, 12.1946.

Gerchunoff, Alberto (1938): “Aníbal Ponce”. En: *Cursos y Conferencias*, 11-12, pp. 1119 - 1121.

Gerchunoff, Alberto (1936): “Parágrafos sobre Barbusse”. En: *Unidad. Por la defensa de la cultura*, I, 1. (s.n).

Giusti, Roberto F. (1938): “Aníbal Ponce escritor”. En: *Cursos y Conferencias*, 11-12, pp. 1129-1130.

Guillot Muñoz, Gervasio (1938): “Aníbal Ponce, humanista de espíritu nuevo”. En: *Claridad*, XVII, 325, pp. 9-10

Noé, Julio (1938): “El amigo Aníbal Ponce”. En: *Cursos y Conferencias*, 11-12, pp. 1159 - 1161.

Orientación, XII, 443, 19.5.1948, p. 7.

Papier, Sara (1938): “En homenaje a Aníbal Ponce”. En: *Claridad*, XVII, 325, pp. 19-20.

Pasolini, Ricardo (2005): “El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: de la A.I.A.P.E al Congreso Argentino de la Cultura, 1935-1955”. En: *Desarrollo Económico*, 179, 403-433.

— (2008): “‘*Scribere in eos qui possunt proscribere*’. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante la entreguerra”. En: *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 12, pp. 87-108.

— (2013): *Los marxistas liberales. Antifascismo y comunismo en la cultura argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Ponce, Aníbal (1936): “El primer año de A.I.A.P.E.”. En: *Dialéctica*, 6, p. 549.

Ponce, Aníbal (1936a): “Romain Rolland o la agonía de una obstinada ilusión”. En: *Unidad. Por la defensa de la cultura*, I, 1. (s.n)

Ratto, Cora (1972): “Hace 34 años desaparecía, en el exilio, Aníbal Ponce, un intelectual silenciado”. En: *La Opinión*, 18 de mayo, p. 13.

Reissig Luis (1938): “Tres etapas en la vida de Aníbal Ponce”. En: *Cursos y Conferencias*, 11-12, pp. 1143 - 1152.

Sagitario, 7, Tercer Bimestre de 1956.

Tarcus, Horacio (1999): “El corpus marxista”. En: Jitrik, Noé (dir.): *Historia crítica de la literatura argentina*, Volumen 10 “La irrupción de la crítica”. Buenos Aires: Emecé, pp. 465-499.

— (2007): *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la nueva izquierda, 1870-1976*. Buenos Aires: Emecé.

Thénon, Jorge (1945): “Aníbal Ponce y los deberes actuales de la inteligencia”. En: *Latitud*, 1, 5/6, 6 de julio de 1945, pp. 2-4.

Tortti, María Cristina (2007): *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva izquierda”*. Tesis de Doctorado. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Troise, Emilio (1969): *Aníbal Ponce. Introducción al estudio de sus obras fundamentales*. Buenos Aires: Ediciones Sílabas.

Viñas, David (1971): *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires: Siglo Veinte.

Yunque, Álvaro (1938): “Aníbal Ponce”. En: *Claridad*, XVII, 325, pp.7-8.